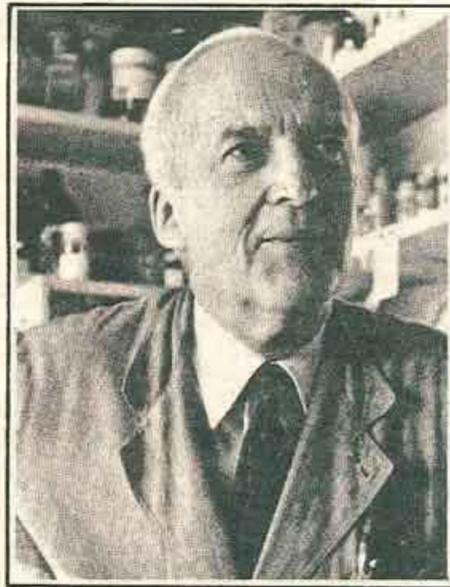


# “Espero haber servido para algo”

Uno de los tres científicos argentinos que recibió el premio Nobel. Un hombre que prefiere el silencio. Un investigador que trabaja sin detenerse. Un teórico preocupado por la utilidad de su tarea...



**E**l doctor Leloir está sentado a un pupitre. Pasa inadvertido en un rincón distante de la biblioteca. Lo veo y dejo de ver mientras camino hacia él. Estantes y libros se interponen. Abierto sobre el pupitre hay un texto que él no lee. Tiene la mirada en otro lado. Parece absorto. El sol le cae encima, filtrándose por los cristales amplios. A los pies del pupitre, un viejo bolso de Swissair. También es viejo el guardapolvo azul. El cristal deja ver el exterior. Una escalera y un breve jardín. Un gato da vuelta la cabeza y nos mira.

“Yo soy mudo”, dice el doctor Leloir, y le cruza una sonrisa por los ojos. Sin embargo queda establecida una cita.

El edificio del Instituto de Investigaciones Bioquímicas Fundación Campomar es casi nuevo. Tiene tres pisos, el tercero sin terminar. Tampoco está terminada la sala de conferencias en la planta baja. Allí hay ahora obreros trabajando. El edificio fue hecho por suscripción pública, con aportes de personas, de empresas y del Estado. Entramos a una habitación. Una sola mesa, con sillas colocadas encima, como en los bares cuando cierran. El doctor Leloir comienza a poner las sillas en el suelo. Pasa un dedo por la mesa. “A ver si está limpio esto”, dice.

Vacila un poco.

—¿Va a durar mucho?, me mira.

—No sé doctor, un rato. Pero puede suspenderlo si quiere.

—No, no, ya que estamos...

Me alcanza algunas publicaciones para que saque datos, si los necesito. Son publicaciones bastante secretas. “The discovery of Sugar Nucleotides”, una separata firmada por él y el doctor Alejandro Paladini. “Opera Selecta”, una colección de artículos editada por la Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Unos “Anales de la Sociedad Científica Argentina” (1971). Y “Allá lejos y hace tiempo”, recuerdos del doctor Leloir editados por la Academia Nacional de Medicina.

Los argentinos festejan con credulidad al doctor Leloir. Muy pocos saben por qué ganó el premio Nobel. Fue por el descubrimiento de los nucleótidos azúcares. Estos compuestos orgánicos están en todos los organismos vivos, vegetales, bacterias y animales. Son azúcares combinados que intervienen en la formación de polisacáridos, azúcares complejos. El almidón y la celulosa en las plantas, el glucógeno en los animales, y muchos otros polisacáridos, se forman a partir de los nucleótidos azúcares descubiertos por el equipo del doctor Leloir. En los polisacáridos se fijan los virus y las hormonas antes de actuar en el organismo. Es un descubrimiento que está en la base de muchos procesos bioquímicos, y sin el cual el avance en varios campos de la biología y la medicina hubiera sido imposible.

—¿Por qué se dedicó a la investigación científica?

—Porque no tenía condiciones para

otra cosa (se ríe). Fue poco a poco. Yo tenía interés pero no me decidí bruscamente. Empezó después que me recibí de médico. En esa época era tan poco lo que se podía hacer por los enfermos. Había tres o cuatro remedios... todo lo demás era charla. O recetar ventosas. No fue una tradición familiar ya que mis padres y mis hermanos estaban dedicados especialmente a actividades rurales. Mi padre se había graduado de abogado pero no practicó. En nuestro hogar siempre había muchos libros sobre los más variados temas y tuve la oportunidad de adquirir información sobre los fenómenos de la naturaleza. Supongo que el factor más importante que determinó mi futuro fue que recibí una serie de genes que me dieron las habilidades requeridas, tanto positivas como negativas. Entre las segundas puedo mencionar que como mi oído musical era muy pobre, no pude convertirme en compositor o músico. En la mayoría de los deportes era mediocre, por lo que esa actividad no me atraía demasiado. Mi falta de habilidad oratoria me cerró las puertas a las actividades políticas y a la abogacía. Era un mal médico práctico ya que nunca estaba seguro del diagnóstico o del tratamiento. Estas condiciones negativas estaban presumiblemente acompañadas de otras que no lo eran tanto: gran curiosidad por comprender los fenómenos naturales, capacidad normal o ligeramente subnormal de trabajo, capacidad intelectual mediana y excelente aptitud para trabajar en equipo.

—Pero elegir la investigación científica en esos días, ¿no era demasiado arriesgado? ¿Quién investigaba en la Argentina?

—Estaba el grupo de Houssay en el Instituto de Fisiología. Había bastante gente allí, no le digo que éramos muy numerosos pero...

—“Teníamos distintas personalidades pero trabajábamos juntos con óptimos resultados. Braun Menéndez tenía mucha energía, entusiasmo y habilidad empresarial; Muñoz tenía una personalidad original e ideas diferentes de los demás. Fasciolo, de muy buen humor, siempre contaba chistes o historias graciosas, pero también realizaba su trabajo seriamente, con inteligencia y eficacia. Todos eran muy hábiles y diligentes. Disfrutábamos mucho de nuestro trabajo.”

—“Leloir trabajaba en forma disciplinada. Llegaba y partía a horas casi fijas. Dedicado a su labor, conversaba poco, almorzaba frugalmente en el Laboratorio y solía descansar fumando un cigarrillo.”

—En esa época el equipamiento era de lo más simple comparándolo con el de ahora. Ahora todos los aparatos son electrónicos, complicados y caros. Y uno mismo no los puede arreglar. Antes eran cosas simples que uno podía componer, armar y hasta construir, a veces. Era más divertido. Claro, si uno fuera un buen electrónico, podría divertirse ahora como nos divertíamos antes (se ríe).

—“Para la colección de muestras se construyó un aparato inusual. Los recipientes eran botellas chatas utilizadas para conservar agua en las heladeras. Varias docenas de ellas fueron colocadas una junto a otra en un estante que corría a dos metros del piso. A lo largo del estante, enfrente de las botellas, funcionaba una especie de ferrocarril de juguete. El vagón transportaba un tubo que descargaba su contenido en las botellas operado por un sifón basculante. El vagón se movía porque estaba atado a un hilo, y el hilo a una pesa... Increíblemente este artilugio funcionó muy bien durante muchos años.”

—Además de esta diferencia en los equipos, ¿hay una diferencia intelectual? ¿Es más difícil ahora investigar?

—La diferencia es que hay muchos más conocimientos que entonces, y lo que uno puede dominar se reduce a un campo muy limitado. Antes uno podía pasar de un campo a otro sin mayor esfuerzo. Ahora ya no, porque toma mucho tiempo estar al tanto.

—¿Y eso es conveniente?

—No, conveniente no creo que sea, pero es obligatorio, es así. Por más que uno proteste tiene que aceptarlo.

—“Constituye un raro ejemplo de interés por los más diversos temas científicos. No conozco capítulo alguno de las ciencias físico-químicas y biológicas que no le preocupe... todo le llama la atención y le atrae. Lee sobre todos los temas y pregunta también sobre todos.”

—¿En el terreno científico, nuestro país está comunicando con el resto del mundo?

—Hay problemas, sí. Hay problemas, por ejemplo, con las bibliotecas, que no están al día en la mayor parte de los casos. También las revistas tardan mucho tiempo en llegar. Pero esto no es tan grave.

—Usted citó en un artículo publicado en “La Nación” hace unos años, lo que pensaba Houssay sobre el valor de las universidades. Para él, el valor dependía de que tuvieran buenas bibliotecas y buenos profesores. En este sentido, ¿cómo estamos respecto de hace cuarenta años?

—Las bibliotecas están atrasadas, los profesores, no sé (se ríe).

—¿Usted enseña?

—Yo soy profesor extraordinario de la Facultad de Ciencias Exactas, pero no, no doy clases para alumnos. Mi tarea se cumple en el laboratorio.

—“Incluida en la acción de Leloir como bioquímico está su labor docente a nivel superior y no hay dudas que también ha hecho esto con eficacia... Su forma de enseñar es muy particular, no sujeta a hábitos y tradiciones, y sólo después de bastante tiempo nos dimos cuenta de que estaba enseñando.”

—¿Hubo resistencias familiares a su vocación?

—No. Creo que les pareció bien que me dedicara a esto.

—¿Qué cosas lo absorbían de chico?

—Las que a cualquier chico, supongo. Pero más bien tenía curiosidad por la naturaleza y las ciencias. Me interesaban las plantas y los animales. Meditaba sobre cómo funcionan el mundo y sus habitantes.

—Era un chico solitario.

—Sí, en parte sí.

—Y en el colegio, ¿qué clase de alumno era?

—De la media. Término medio.

—Bernard Shaw pensaba que eso era una ventaja, porque los chicos que se destacan en el colegio, y que se esfuerzan mucho a esa edad, se agotan tanto que ya no sirven para otra cosa en el resto de sus vidas. ¿Usted se esforzó mucho en el colegio?

—No. No, yo no me agoté (se ríe), supongo que Bernard Shaw tampoco.

—¿Investigar es un placer, es un juego de personas grandes?

—No. Yo creo que más que nada uno está movido por la curiosidad. Es como cuando se lee una novela policial, hay una compulsión por terminarla, por saber cómo es el final. Parcialmente es también un poco como un juego.

—Algunos escritores cuando escriben sufren. Otros confiesan que cuando escriben sienten placer. ¿Qué sucede con los investigadores? ¿Sienten placer o sufrimiento cuando se aplican a su trabajo?

—Las dos cosas, porque cuando uno tiene un buen experimento, siente placer. Pero como casi siempre los experimentos salen mal, lo que hay es disgusto y depresión. Es más frecuente la parte de disgusto y depresión que la parte de alegría.

—¿Qué hace usted para sobrellevar la depresión?

—A uno se le ocurren enseguida otras hipótesis, otras maneras de planear el experimento, se va llenando de esperanzas y entonces prueba otra vez, y empieza el proceso todo de nuevo.

—“Luego de experimentos felices yo solía decir: Ya ven, nada puede resistir a la investigación sistemática; pero luego de algún fracaso quedaba cansado y desanimado, entonces el doctor Fasciolo me hacía una broma diciendo: Ya ven, nadie puede resistir a la investigación sistemática.”

—¿Cómo recuerda su juventud y el país de esos años?

—¿De qué época? Yo tuve muchas épocas (se ríe).

—¿Muchas?

—Sí. He cambiado yo, más que todo lo de afuera.

—¿Más usted que el país?

—Bueno, el país también cambió.

—“Recuerdo que una tarde, temprano, probablemente en el año 1947 o 48, estábamos en nuestros trabajos habituales cuando corrió la voz de que algo grave estaba ocurriendo... Leloir era el único que tenía automóvil entonces y en un ambiente de intensa preocupación nos distribuyó en lugares adecuados para que llegáramos a nuestras casas... A la mañana siguiente cuando llegué al instituto estaba preocupado... Pero en los experimentos de la mañana había aparecido un resultado interesante. Como consecuencia de eso se dio un seminario sobre esos resultados y se postergaron los comentarios sobre los incidentes políticos del día anterior. Yo no sabría decir si esta actitud de Leloir es una actitud de egoísmo, o de fundamentalista o simplemente que es una forma de ética del trabajo. Es decir, que no sé si lo hace así porque considera que la ciencia es lo más importante o porque siendo científico su trabajo, hacer ciencia es su obligación, sea o no importante, pero en cualquier caso, creo que ésta es una característica con la cual se debe contar para predecir su actitud política y tal vez social.”

—¿Cómo se siente en la Argentina? ¿Qué es lo que más le preocupa de lo que le toca ver y vivir?

—En la época en que comencé mi carrera de investigador pensaba que el país iba a llegar a tener una investigación más desarrollada, pero no resultó

así. Teníamos más ilusiones, más proyectos. Claro que ha habido avances en la investigación, pero ocurre que en otros países estos avances han ido más rápido. Cuando estuve afuera, me adapté bastante bien. No sentía ansiedad por volver todo el tiempo. En los Estados Unidos trabajé alrededor de año y medio y podría haberme quedado.

**—La pregunta yo la refería al ambiente en general, a cómo se vive en la Argentina. Hay muchos jóvenes universitarios que se van, porque no encuentran aquí cómo seguir.**

—Sin duda, los jóvenes profesionales encuentran condiciones difíciles. Muchas veces he dudado si tenía yo derecho a impulsar a los jóvenes a una carrera científica. Por mi parte, estoy bastante conforme.

(“En 1946 cuando conocí a Leloir me sorprendía la poca atención que se había prestado a su obra en el país. Ya era fácilmente el más alto exponente de la bioquímica argentina y sin embargo no había alcanzado aún el grado de profesor adjunto en la Universidad de Buenos Aires. Yo tenía la impresión de que los méritos de Leloir habían escapado a la atención del mismo doctor Houssay. Por suerte, alrededor de 1948, después de que fuera invitado a un Symposium sobre metabolismo del fósforo en la Universidad de John Hopkins, el país comenzó a valorarlo.”)

**—¿Qué cosas le gustan como lectura?, ¿ficción?, ¿poesía?**

—Nunca fui un gran lector de poesía. No entiendo, no me llega (se ríe). En mis años de estudiante, algunos versos españoles clásicos me divertían, pero no son mi línea de lectura.

**—A Darwin le pasó lo mismo. De joven, cuando se embarcó en el “Beagle” llevaba siempre en un bolsillo “Paradise Lost” de Milton...**

—¿Pero lo leía o lo tenía en el bolsillo nada más?

(“...éramos, más bien, algo de lo que se puede llamar técnicos semibárbaros y esto nos enajenaba del medio ambiente y nos traía algunos reproches de nuestras respectivas señoras... Yo me sentía un poco corto frente a doña Amelia (Amelia Zuberbühler, la esposa de Leloir), no sólo por mí sino también por todo el grupo, por esta condición de técnicos cerrados, frente a esta señora que era culta, que leía libros, apreciaba arte, teatro, danzas. Yo creo que detrás de la gracia de su sonrisa permanente debía sufrir al vernos tan irremediablemente perdidos a todo lo que fuera cultura general. Una vez me regaló un libro: «La hora 25». Me aconsejó que lo leyera y lo hice... Creo que desde entonces llevo un libro de ventaja sobre su esposo en lectura de temas de interés general aunque no tengo dudas que él me lleva la ventaja en libros de química.”)

**—Tampoco se me ocurre poner música. A veces, si la tengo a mano, prefiero música más bien primitiva.**

**—¿Primitiva en qué sentido?**

—En la escala de educación musical. Por ejemplo, tangos, Gardel...

**—Y el cine, ¿le gusta?**

—Sí, pero cosas movidas, algo infantiles, películas del oeste, por ejemplo.

**—¿Qué medida de irracionalidad o capricho es importante en ciencia?**

—Todo es racionalidad. Tratamos de que todo sea perfectamente racional. A uno no se le ocurren cosas de golpe. Es a fuerza de pensar y pensar sobre la misma cosa que por ahí a uno se le ocurre una variante. Lo que importa es tener la preocupación y asociarla con hechos externos o con lecturas.

**—Me llama la atención que usted haya elegido esta cita de Guillermo Hudson en el trabajo que me dio: “¡Oh sí, todos estamos buscando la felicidad por el camino errado! Ella estuvo con nosotros una vez y fue nuestra, pero la despreciamos porque era sólo la vieja felicidad común que la Naturaleza brinda a sus hijos, y nos fuimos lejos de ella en busca de otra categoría más elevada de felicidad, que algún soñador —Bacon u otro— nos aseguró que encontraríamos. Sólo debíamos conquistar la Naturaleza, pero, ¡qué cansados y tristes estamos quedando! La vieja alegría de la vida y el aborozo del corazón han desaparecido.”**

—Esa cita de Hudson me pareció que retrata un tipo de pensamiento totalmente distinto al nuestro. Tal vez sólo en momentos de depresión pensemos así.

**—¿La ciencia y la filosofía se han separado? ¿La ciencia puede ser nada más que un trabajo, una ocupación, o tiene, en el fondo, como un intento de comprender el universo?**

—No, no pretendemos comprender el universo. Tratamos de solucionar cosas pequeñas. Esa es, creo, la diferencia entre antes de que se practicara la ciencia experimental y después. Los antiguos griegos creían que pensando iban a llegar a comprender el universo. Nosotros no tenemos esa pretensión. Queremos ir resolviendo hechos pequeños, pero no sé, no tenemos demasiada esperanza en llegar a comprenderlo todo. Somos más modestos.

**—¿Pero se puede ser modesto cuando uno se dedica con tanta intensidad a la investigación? ¿Modesto en las pretensiones? ¿En el fondo no hay un intento de comprensión más amplio?**

—Le diré que no pienso más esas cosas. Cuando era joven trataba de entender qué somos, por qué estamos, a dónde vamos. Son problemas que no sé si tienen solución.

**—¿Se puede no creer en la utilidad de la ciencia pura?**

—Uno puede creer cualquier cosa, pero a uno le parecería un disparate no creer en la utilidad de la ciencia pura.

**—¿No hay una tendencia a creer que sólo la ciencia aplicada tiene sentido?**

—Sí, pero eso lo puede creer una persona que no sabe cómo van avanzando los conocimientos y cuál es la base necesaria para un descubrimiento aplicado.

(“En estos momentos en que se discute mucho en todo el mundo sobre el apoyo que debe prestarse a la ciencia pura, o a la investigación por la investigación misma, conviene señalar que los hallazgos de Leloir y colaboradores, cuyos trabajos no creo que estuvieran motivados por una posible utilidad futura han producido desde la primera época una ampliación en el conocimiento de más de un problema de naturaleza médica.”)

**—¿Se puede hacer ciencia pura en nuestro país?**

—Supongo que estamos hablando los dos de investigación básica. Y sí, claro que se puede hacer. Ahora, es un poco más difícil que en sitios donde hay más medios y más comunicación.

(“Pero el recuerdo de él que más me impresiona... es una conversación que mantuvimos en Córdoba. ...Probablemente fue la única vez en su vida que ha hecho un viaje para participar en una actividad que es más burocrática que académicamente útil —la de jurado en un concurso—...estábamos sentados en un antiguo baño transformado en el lugar donde se prepara el café, se destila el agua que usamos en el laboratorio y sirve de depósito de material de limpieza. El lugar es un tanto sucio y desagradable y yo me sentía un poco avergonzado de tenerlo bebiendo café allí. Leloir, sin embargo, parece sentirse cómodo en esos lugares en donde el trabajo se junta con la pobreza y es en ese ambiente donde se puede extraer lo más genuino de él. Hablábamos de ese estribillo de «ciencia al servicio de la comunidad»... Yo siempre he temido que el tal estribillo sea más dañino que servicial... me interesaba saber cómo lo aplicaría él... Su respuesta fue algo así: «Y, qué sé yo, tome mi caso por ejemplo, tantos años trabajando en estas cosas y nunca he encontrado algo que ayude al país». La respuesta me tomó por sorpresa... Cuando manteníamos esta conversación, ya se podían aplicar a Leloir las palabras que dijo Carl Cori en 1972: «...comenzando en 1941 con la identificación del UDPG (por lo que le fue dado el Premio Nobel a Leloir), como un cofactor necesario en la conversión de glucosa a galactosa, ha tenido lugar uno de los más dramáticos desarrollos de la química moderna.”)

**—¿Tanta especialización y fragmentación de los temas científicos puede continuar ocurriendo o tendrá que volverse a una visión de fondo que unifique el sentido de la ciencia? Esa visión de fondo, por lo que usted nota, ¿preocupa a los científicos de su generación, a los nuevos investigadores, o es algo que se pasa por alto?**

—Creo que es distinta gente la que estudia los detalles y la que trata de integrarlos. No creo que pueda juntarse todo en una persona, porque si uno profundiza mucho es difícil que pueda relacionar. Es más de filósofos esa segunda parte.

**—¿Puede ser inmoral la investigación científica?**

—Puede ser inmoral, lo mismo que cualquier otra actividad humana, supongo. Yo creo que la investigación científica tiene su propio código de progreso. El progreso de la ciencia exige una cierta conducta en los investigadores, que no coincide obligatoriamente con la conducta que impone el medio externo. Por ejemplo, una de las cosas más importantes de la investigación científica es no cambiar los resultados, no mentir. Bueno, en eso coincide más o menos con la conducta general. Pero después, uno tiene que poder cambiar sus ideas, sus convencimientos, con toda facilidad. Eso no ocurre en la sociedad. En la sociedad más bien se da como un mérito que una persona siga siempre los mismos principios, las mismas ideas. En ciencia uno tiene que poder cambiar inmediatamente las ideas para adaptarlas a los hechos.

**—Y si uno, como científico y como investigador, está detrás de un tema como lo fue la ruptura del átomo o como podría serlo ahora el de la ingeniería genética, y se da cuenta que el nivel de conciencia de los políticos sobre el peligro de estos asuntos es muy bajo ¿es inmoral que continúe investigando? Si sigue, ¿qué hacer con los resultados?**

—Usted está pensando en qué debían haber hecho los que estudiaban entonces la fisión atómica.

**—Sí. Creo que uno de ellos, Oppenheimer, tuvo terribles remordimientos después. Y la carta en que Einstein ofrece el descubrimiento al congreso norteamericano es bastante “naif”.**

—Sí, pero a ellos los pusieron en el brete de trabajar en eso o si no permitir que los alemanes se les adelantaran. Entonces, ¿qué hacer? Era bien difícil la decisión ¿no?

**—Erwin Chargaff calificó al proyecto Manhattan como el primer caso de un campo de concentración para científicos. ¿Usted suscribiría esta idea?**

—Creo que el fin era más que político, era la supervivencia de una forma de civilización.

**—La alusión de Chargaff iba más lejos. El cree que el proyecto Manhattan fue un modelo que acostumbró a los científicos a trabajar por encargo en grandes corporaciones.**

—Los que trabajaron en ese proyecto no adivinaban lo que iba a suceder. Seguramente si les hubieran mostrado fotografías de Hiroshima y Nagasaki antes de que empezaran, no hubieran hecho nada.

(“El estilo de investigación ha cambiado mucho en los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial. Al principio la investigación era llevada adelante por unos pocos individuos altamente motivados y con escasos medios. Después el trabajo se hizo más profesional, con equipos sofisticados y generosos apoyos del estado. Mirando atrás los años 1947-1960 parecen haber sido muy fértiles. Fueron años agradables en los que a menudo teníamos la alegría de hacer un experimento exitoso y estábamos rodeados de una atmósfera muy estimulante.”)

**—¿Qué piensa de la ingeniería genética?**

—Que es un progreso tremendo de la biología. Creo que peligros reales hasta ahora no ha habido. Los primeros investigadores se asustaron un poco. Tenían miedo de que por ejemplo, se fabricaran bacterias para las cuales no había vacunas ni manera de combatir las. Eso no ha sucedido. Además se hace todo con cierta precaución. Creo que los temores ahora más bien vienen por posibles manipulaciones de genes humanos. ¿Tiene uno derecho a meter la mano en eso?

**—¿A usted qué le parece?**

—No tengo contestación.

**—El mundo, la vida, ¿pueden reducirse a explicaciones?**

—Uno siempre tiene teorías sobre todo, que pueden estar buenas o equivocadas.

**—¿Para quién trabaja un científico? ¿Para él? ¿Para una empresa? ¿Para su país?**

—Hay de las tres clases, creo. Yo creo que trabajo por el placer de investigar, y porque es una ocupación que tal vez me permita ser útil a la sociedad.

**—¿Qué control tiene un científico sobre los resultados de su trabajo?**

—En general, yo creo que bastante

poco. Los resultados del trabajo van al conocimiento universal.

**—¿En qué temas está trabajando ahora?**

—Nos hemos interesado por problemas relacionados con la agricultura. Algunos investigadores del equipo estudian cómo se produce la fijación biológica del nitrógeno en el suelo. Esto ocurre mediante la acción de bacterias simbióticas llamadas rizobios, que infectan las raíces de las leguminosas y las capacitan a estas plantas para utilizar el nitrógeno del aire, cosa que no pueden hacer en ausencia de la bacteria. El nitrógeno es un nutriente del suelo muy importante para el crecimiento de todas las plantas, y reemplazar el que consume la agricultura cuesta mucho dinero mediante métodos artificiales. Otras personas del equipo trabajan sobre la fotosíntesis y su regulación. La fotosíntesis permite a las plantas captar energía del sol y fabricar compuestos orgánicos. Todos los seres vivos, plantas y animales, dependen para subsistir de estos compuestos orgánicos y directa o indirectamente de la fotosíntesis.

**—¿Qué lugar tiene el humor en su trabajo?**

—Un lugar bastante importante. En el laboratorio nos tomamos las cosas con seriedad. Pero casi todos son humoristas y chistosos, así que lo pasamos bastante bien.

(“En conexión con esto puedo alegrar estos recuerdos mencionando que el laboratorio estaba lleno de botellas extrañas, que habían contenido originalmente champú, perfumes o remedios. Muchas venían de la casa del Dr. Leloir que insistía en guardar allí diversas soluciones, la no uniformidad de colores y formas ayudaría a no cometer errores. Una de estas soluciones fue a parar en un frasco de perfume que se llamaba Flor de Loto, y durante años la llamamos por ese nombre. Esto originaba más de una situación graciosa cuando le explicábamos nuestro trabajo a algún visitante y describíamos el experimento hecho con la solución Flor de Loto.”)

Desde la habitación se ve el Parque del Centenario. Enfrente, el Observatorio apunta con su ojo vacío al cielo. Más lejos, el edificio embozado del Museo de Ciencias Naturales. Rocas y plantas. Fósiles de un tiempo que nadie conoció. Los ceibos no están en flor; las ramas grises aguantan el invierno. Por el lento circuito del parque corren algunos aerobistas. Señoras envueltas en bufandas pasean a sus perros huérfanos. En el mágico círculo del parque el cielo encuentra quien lo mire. Aquí se medita sobre la Tierra, sobre las criaturas de la Tierra, y sobre todo el verdor, que perecerá, dijo Mallea. También se mira lo secreto, lo invisible, las cadenas químicas que se mueven en nosotros obedeciendo reglas.

**Edgardo Krebs**

<sup>1</sup> (“En 1946 supe que el Dr. Houssay había recibido una propuesta de Jaime Campomar, uno de los propietarios de una importante industria textil. Campomar quería financiar un instituto de investigación especializado en bioquímica. Sospecho que había pocos candidatos para dirigir la nueva institución y por eso, aun cuando el Dr. Houssay no estaba plenamente convencido de que yo pudiera tener éxito en tal empresa, me propuso para ello. La contribución anual del Sr. Campomar equivalía aproximadamente a 2.500 dólares. Era una contribución muy generosa. Con ella instalamos el laboratorio, adquirimos algunos equipos y pagamos salarios.” Luis F. Leloir. “Allá lejos y hace tiempo”. Academia Nacional de Medicina. Vol. 61-2 o semestre. 1983, pág. 297.

<sup>2</sup> Ibid., págs. 294-295.

<sup>3</sup> Dr. Venancio Deulofeu. “Dr. Luis Federico Leloir, el investigador”, en “Opera Selecta”. Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales Bs. As., 1973, pág. 11.

<sup>4</sup> Luis F. Leloir y Alejandro Paladini. “The Discovery of Sugar Nucleotides”, en G. Semenza (ed). Selected Topics in the Study of Biochemistry. Personal Recollections. 1983. Elsevier Science Publishers, pág. 34.

<sup>5</sup> Dr. Venancio Deulofeu. Obra citada, pág. 12.

<sup>6</sup> Dr. Ranwell Caputto. “Dr. Luis Federico Leloir”, en “Opera Selecta”, pág. 18.

<sup>7</sup> Luis F. Leloir. “Allá lejos y hace tiempo”, pág. 295.

<sup>8</sup> Dr. Ranwell Caputto. Obra citada, pág. 18.

<sup>9</sup> Dr. Ranwell Caputto. Obra citada, pág. 17.

<sup>10</sup> Dr. Ranwell Caputto. Obra citada, pág. 19.

<sup>11</sup> Luis F. Leloir. “Allá lejos y hace tiempo”, pág. 288.

<sup>12</sup> Dr. Ranwell Caputto. Obra citada, pág. 20.

<sup>13</sup> Erwin Chargaff, en “El futuro de la vida”. Entrevistas de Michel Salomon. Editorial Planeta, Barcelona, 1982, pág. 141.

<sup>14</sup> Luis F. Leloir y A. Paladini. Obra citada, pág. 40.

<sup>15</sup> Leloir y Paladini. Obra citada, pág. 34.